



(Cabeza dibujada con carbon por Miguel Angel en la Farnesina.)

CURIOSIDADES DE ROMA.

DIBUJO DE MIGUEL ANGEL EN LA FARNESINA.

El banquero siennés Agustín Chigi, de cuya familia nació el Papa Alejandro VII á mediados del siglo XVII, hacia construir á principios del XVI en el barrio de Trastevere en Roma una elegante casa rústica, frente de la cual se elevó treinta años después en la ribera opuesta del Tiber el palacio de los Farnesios, que se llamó la Farnesina, cuando le compraron estos príncipes con la idea de reunirlo á su morada por medio de un puente. Agustín Chigi empleó en decorar su casa los pintores mas famosos que vivían en Roma al principio del pontificado de Leon X. El maestro por excelencia de la escuela de Sienna, el Sodoma, pintó en el piso principal una sala en que se admiran algunas hermosas cabezas de mujer y un fuerte colorido en una composicion demasiado pronta y descuidada; pero el pincel de Rafael es el que ha immortalizado esta casa. El artista divino ha adornado el piso bajo con grandes figuras mitológicas que prueban la variedad de su genio, y al mismo tiempo la perfeccion. En la bóveda de la primera sala representó la historia de Pezgoneo en dos grandes tarjetones, que completan y acompañan diez peñinas. Estas pinturas, ejecutadas en su mayor parte por Julio Romano, son mas admiradas por lo magnífico de sus dibujos que por sus tintas, algunas veces un poco encendidas y duras. En una segunda sala Rafael pintó sobre la pared y como en un cuadro, ese famoso Triunfo de Galatea, que ha sido tan reproducido por los grabadores, y en el que se encuentran reunidas todas las raras cualidades de un maestro, la belleza de expresion, el estilo del dibujo, la armonía de la composicion y la dulzura de las tintas. Lo que, sin embargo, domina es una maravillosa finura de concepcion y de lineamiento que, aunque sin blandura, parece mostrar la perfeccion de la gracia amable y la obra maestra de un genio femenino.

Otros pintores, amigos ó rivales de Rafael, Daniel Votterre, Sebastian Piombo, y hasta el mismo Baltasar Perucci, arquitecto de la casa, compusieron los accesorios de la decoracion de esta sala. Estos debían pintar la bóveda y las ventanas que coronan las paredes. Se cuenta que yendo un dia Miguel Angel al casino de Agustín Chigi para ver las obras de su discípulo Daniel Valterre, como no le en-

contrase y no quisiera perder el tiempo esperando, subió en una escalera, tomó un pedazo de carbon y trazó en lo alto de la pared, en uno de los tarjetones en blanco, esta gran cabeza, que es tan bella como la misma Galatea. Parece que es una cabeza de esclava, imitada de algun fragmento antiguo y colocada allí como para sostener la bóveda bajo cuyo peso se inclina y permanece agoviada. El vigor de los rasgos negros de que está formada, la magnitud de sus proporciones, su aire pensativo y enérgico contrastan fuertemente con la dulzura y elegancia de los pinceles de Rafael. ¿Será por dar con este contraste un elocuente reproche á las imágenes delicadas y voluptuosas de su jóven rival por lo que Miguel Angel ha impreso así sobre las mismas paredes la marca de su enérgico sello? Así se ha dicho, aunque sin darse pruebas que convengan.

Si se quisiera alejar toda idea de mezquinos celos, y establecer entre los dos artistas mas eminentes de los tiempos modernos un combate de métodos y de genio, parece que se podrían encontrar buenos argumentos para probar que al trazar un enérgico bosquejo en las paredes del casino de Chigi, Miguel Angel deseaba dejar en el taller en que se había ilustrado Rafael como una tarjeta y un heroico desafío. Lo que allí hizo Buonarrotti se parece singularmente á una anécdota que se lee en la vida de los pintores de la antigüedad y que él había comentado. Acaso no será inútil el unir las dos narraciones.

El Rafael de los griegos, Apeles, desembarcó de la isla de Rodhas y quiso ver á Protogenes, que de simple embadurnador de navíos había llegado á ser uno de los mas famosos pintores del Archipiélago. No encontrando en casa á este rival, que él había contribuido á sacar del olvido, y que eclipsaba á todos los artistas de la antigüedad por la perfeccion estudiada de sus dibujos, tomó un pincel, y por señá de su venida trazó con el color de un cuadro todavía en blanco un rasgo estremadamente fino, y se marchó. Protogenes vino, y al mirar aquel rasgo, exclamó: ¡Apeles ha estado aquí! y humedeciendo el pincel en otro color, trazó en el mismo rasgo de su rival otro aun mas delicado, y á su vez se retiró. Volvió Apeles, y no queriendo ser vencido, con un color nuevo cortó los dos rasgos primeros por otro tan fino, que no pudiera hacerse mas.

El cuadro en que estaban los tres trazos casi imperceptibles á la vista, trasportado después al Palatino, fué colocado en casa de Augusto en medio de las mejores obras del arte como una maravilla.

En estos rasgos Perraut veía simples líneas; el conde de Caylus

15 DE JUNIO DE 1851.

vé por el contrario verdaderos dibujos de trazo; Plinio, que nos ha conservado un recuerdo, dice que se admira allí la tenuidad hasta que puede llegar un trazo; pero Miguel Angel, innovándolo todo sobre los antiguos, les ha estudiado con un detenimiento profundo, se ha ocupado de estas líneas juzgadas de tantas maneras, sosteniendo que la antigüedad debía estimar sobre todo la extrema precision de los contornos. No sería extraño que esta historia, que él sabía también, se le presentase en la memoria al visitar las pinturas de Rafael. Acaso haya querido vencer á Protopogenes, oponiendo á la precision de los trazos débiles y graciosas del Apelles moderno la precision no menos grande de sus líneas mas vigorosas y enérgicas.

De la apreciable obra que con el título de *Monografías de Santiago* publica el señor don Antonio Neira de Mosquera, tomamos el siguiente curiosísimo artículo, que al mismo tiempo puede servir como muestra del interés del libro del señor Neira.

EL ARMAMENTO ESCOLAR.

1663—1665.

Los corrillos eran el periodismo político de los pueblos en el siglo XVII. De esta suerte á la aproximacion de un suceso extraordinario el concurso de las calles se aumentaba y la concurrencia á las cátedras se aminoraba. El estudiante era involuntariamente el periodista de esta época.

En una de las mañanas frias y nebulosas de octubre, veinte y siete dias despues del 30 de setiembre, un número extraordinario de estudiantes se agolpaba á la puerta de la universidad de Santiago. La agitacion de los ánimos se revelaba en los semblantes, y alguna empresa grave preocupaba á los sostenedores del *vacuus* y del *caput-mortuum*. No se trataba empero de asistir á la fiesta de S. Pedro Mártir, ni celebrar la funcion de Santo Tomás en el convento de Santo Domingo, ni recordar al gremio de zapateros el cabildo del lunes, ni apagar las linternas de los aficionados á tertulias, ni *elidir* la cátedra para una pedrea en Santa Susana, ni azuzar al anocheecer á los escribientes de la Quintana. La juventud en todos tiempos ha optado á la casualidad por la alegría ó el dolor cuando llega hasta su corazon voluntarioso el eco insinuante de la gloria.

En este dia los estudiantes de Santiago esperaban un verdadero acontecimiento en el siglo XVII: formaban *concilio* olvidándose de Bartulo y de Lombardo para esperar un mensajero que no se atrevia á llevar el nombre de posta porque no remudaba caballos ni contaba con carreteras provinciales.

El arzobispo de Santiago D. Pedro Carrillo de Acuña dirigia desde Redondela á la universidad compostelana una carta reclamando que le auxiliase la *gente secular* que concurría á los estudios á semejanza de los estudiantes de Salamanca que se habian organizado en milicia *con cabos del mismo cuerpo de la universidad*. El objeto de este armamento era la defensa de la frontera de Monterey, villa ya conocida en la historia general de España por el concejo celebrado en 1566 por D. Pedro el Cruel, contra la invasion de los portugueses que habian ocupado la atalaya de Goyan.

Un movimiento general de expansiva alegría circuló desde los estudiantes de mínimos hasta los *bachilleres en decreto*, lo que equivale á decir que recorrió el entusiasmo la escala de las facultades menores y mayores. En los aplicados se echaba de ver el noble y elevado pensamiento de la gloria: en los perezosos se reconocia el egoísta y árido impulso de la vida trashumante. Ninguna *tésis* académica desde Aristóteles á Cousin fué acogida con mayor aceptacion: ningun argumento *pro academia* recibió un *concedo* mas escolasticamente afirmativo. Ni el mas pequeño é imperceptible *distingo* se abrió paso entre los colegiales de Fonseca y S. Gerónimo. A los *actos académicos* sucederian los puestos avanzados, y los catedráticos en cánones y teología serian los gefes de esta milicia estudiantil.

A la mañana siguiente el begel de la universidad fijó en la puerta de los claustros del estudio un edicto firmado por el rector D. Jacinto Boado y Montenegro, en el cual se ordenaba «que se cerrasen las cátedras y que todos los estudiantes que cursaban en esta universidad se alistasen debajo de su bandera para que pudiesen ganar el curso haciéndolo así como si á ella cursaran, y que los que no lo hicieren, no lo ganasen.»

El armamento escolar de 1663 se extendía á los estudiantes de gramática del colegio de la Compañía y á los de artes del convento de S. Agustin. Los religiosos irlandeses de la misma compañía habian

ofrecido sus colegiales para completar las fuerzas expedicionarias de Santiago.

Habia *punto* en las cátedras, y la concesion de una tregua inesperada entre el estudio y la giropa era solemnizada por los estudiantes con un *paseo* por la ciudad. Esta costumbre se remontaba á los tiempos del estudio viejo. Los catedráticos seguían á larga distancia la comitiva estudiantil para evitar los proverbiales desórdenes del tricornio, y los discípulos se convenian por medio de una rápida inteligencia en cambiar la direccion del paseo, ya formando un peloton que go-teaba estudiantes en una callejuela sin salida, ya esparramándose cada cual por las calles con el azoramiento de una bandada de cuervos sorprendida por una jauria de perros.

Las calles de Santiago se veian ocupadas por una hilera interminable de manteos. Las *facultades mayores* y *menores* se subordinaban al pensamiento general de *aprovechar la mañana*. Epigramas á los tenderos, livianas galanterías á las damas, silbidos á los postigos entreabiertos, risas á los escribientes, agresiones violentas á la copa de los sombreros de los transeuntes y corrillos en rápida circulacion para desvanecer la vista de alguna ama de canónigo ó arquero de ánimas: hé aqui la explicacion terminante de un *paseo* de estudiantes, sin perder en la cuenta el murmullo áspero y monótono de dos mil pies en lento movimiento sobre un empedrado costanero y desigual.

Las tiendas se cerraban y las celosías se entreabrían. A primera vista parecia que los habitantes de la ciudad ocupaban un lazareto: los soportales estaban desocupados y las ventanas permanecian cerradas. Habia la *peste* de los *codios* por las calles de Santiago. Los mandaderos de los conventos y los escribientes de la Quintana revolvián por una plaza apartada para no entregar á mano airada un plato de mantequillas ó una escritura de partijas escrita en letra de protocolo, y las señoras de prolijo manto sobre su piocha mal batida, verdadera piocha de mañana, que se dirigian á la misa mayor de la catedral, y los caballeros de empolvada coleta y escaso sombrero que se encaminaban á la librería-imprensa de Antonio Frayz, exquisita repostería de novedades á mediados del siglo XVIII, visitaban á deshora á su compadre ó á su cirujano para evitar los epigramas macarrónicos de algunos estudiantes de *medianos*. Era de ver el mohin desagradable que el observador podia sorprender en la fisonomía avinagrada de los vendedores de lienzos y paños, al distinguir la cadena interminable de estudiantes que rozaban las bayetas de sus manteos en los soportales de la Azabachería.

En esta época las casas de Santiago se aproximaban á medida que subian: el piso segundo era una verdadera cornisa del primero. Los valadizos se asemejaban á una especie de artolas domésticas, y las habitaciones superiores se daban cierto aire á las bohardillas de Madrid. Los vecinos de una calle tenian diversos meridianos, de manera que para las tiendas anochechaba á las cinco de la tarde, para los pisos principales á las seis, y para los pisos segundos á su hora natural, á las seis y media. Debajo de los soportales se desconocía el crepúsculo. La oscuridad llegaba á guisa de toldo.

El *paseo* de los estudiantes subia del Arco de palacio á la Azabachería. Desde los valadizos de esta calle angosta y costanera parecia la comitiva estudiantil un hervidero de cabezas. Una sola persona habia salido á la puerta con su gorro de velludo en la cabeza y sus gafas de asta engastadas en su prolongada nariz—era Antonio Frayz, el librero de la Universidad. Una salva de aplausos siguió á su aparicion en la calle.

—*Salve bibliopola Frayz.*

—*Schölares incipientes te salutant.*

—*Tyrones te salutant.*

—*Togati te salutant.*

Frayz doblaba la cabeza en señal de reconocida correspondencia.

Despues de los estudiantes de gramática llegaron los *bachilleres* en cánones y leyes, y el librero de la Universidad llevó las manos hácia su gorro, como persona sorprendida por una ráfaga de viento. Los estudiantes de *carrera mayor* preferian los epigramas á los conceptos rebuscados. El latin ya era poca cosa para ellos.

—Abajo el alquiler de cuadernos.

—Y el empeño de libros.

—Y las copias de preguntas.

—Y los formularios.

—Y los espurgatorios.

—Y los elencos.

—Y los registros en blanco.

Frayz escuchaba sin inmutarse ni volver la cabeza á las acusaciones acaloradas de los estudiantes, las cuales ni aun tenían el mérito de ser pronunciadas en latin breviarista ó ciceroniano para que no las comprendiesen los vecinos de la librería.

Entretanto un componedor de relojes que se acercaba á las estrellas para buscar el meridiano con mayor comodidad habitando una pequeña bohardilla, y un cirujano romancista que no dejaba con vida gato

alguno de la vecindad para comprender en su chiribitil la circulacion de la sangre, se decian santiguándose con melancólica resignacion:

—Vecino, bien he pronosticado ayer del cambio de la luna.... tenemos mal tiempo.

—Los cuervos anuncian tempestad.

—Me temo mucho que haya tambien pedrisco....

—Tengo para mí que si.... ayer noche me ha dicho en confianza el vendedor de higas de enfrente con referencia al sacristan de Sta. Maria Salomé que lo habia oido á un mozo de capilla del hospital.... ¡oye V., vecino!

—Si... estaba observando la catalina de este reloj.... diga, diga V.

—Pues bien: hay malas nuevas de Monterey....

—¡Diablo!

—Aquello va de mal en peor.

—¡Qué me dice V.!

—Lo que V. oye.

—Es decir que....

—Ni mas ni menos.

—¡Oh!... la cosa es grave.

—Y tanto.

—Hoy he de ver á un continuo del colegio y averiguaré la causa de este paseo.

—Tal vez sea la llegada de algun mensajero ó la leccion de algun colegial. ¿Se acuerda V. del motin habido cuando vino el Sr. Marqués de Valparaiso por hacer una leva obligatoria entre los estudiantes?

—Es verdad.

—Estudiaba yo mínimos.... y me acuerdo como si fuera hoy.... Hace veinte y un años.... Y sin ir mas lejos, en el año pasado de 1649 el Rector se vió obligado á cerrar las puertas del Estudio por los desórdenes que habia promovido la lectura de un colegial de S. Clemente dentro de la Universidad.

A la sazón la campana del reloj de la catedral suspendió á los comerciantes en sus cuentas, á los transeúntes en sus negocios, á los escribientes en sus traslados, á las señoras en sus conversaciones y á los artesanos en sus labores. Eran las 12 de la mañana: cada cual se descubria y rezaba á media voz. El relojero y el cirujano se despidieron de una mirada, y en lo interior de sus habitaciones escucharon las treinta y tres campanadas de la *Maria* en conmemoracion de los años del Salvador.

Los estudiantes se habian reunido en la plaza del Campo despues de pasear la ciudad. En esta ocasion aplazaban sus antiguas costumbres para celebrar el armamento organizado por los doctores de la Universidad. La gloria fermentaba en aquellas cabezas cargadas de argumentos *pro parte afirmativa* y *pro parte negativa*. Si por acaso acertase á sonar una mala caja de tambor, marcharian en peloton hácia la *Rocha-vieja*, distinguiendo á los portugueses, cuando menos, en el cerro del *Humilladero*. Entonces valia mucho el corazon.

El armamento escolar anticipaba la estacion de vacaciones para la tranquila y reposada ciudad de Santiago. La salve del hospital no seria interrumpida; en los pórticos de Sto. Domingo y de la Catedral no se renovarían los escándalos del día de S. Pedro Martir y de las timblas de la Semana Santa; las puertas de las casas no presentarian á la madrugada carteles injuriosos; la pedrejosa calle del Sequelo no serviría de cita á los *estudiantes menores* para convocar para el lunes á los entretenedores de calzado; el Rector de la Universidad y el Asistente de Santiago no se dirijirian oficios ceremoniosos sobre la inmunidad de jurisdiccion; los cepillos de las ánimas, colocados en las puertas de las iglesias, no apareceria reunidos á la madrugada delante de la casa del hermano mayor de la cofradía, y las vigas de las obras públicas no servirían de arietes para llamar á la portería de algun convento ó levantar delante de la casa—cuartel de los seis soldados y un cabo que servían de guarnicion á la ciudad, un andamio de viciosa explicacion para la buena inteligencia entre militares y estudiantes.

Santiago anticiparia la estacion del reposo: el curso se suspendia merced á la invasion armada de los portugueses en el territorio de Galicia. Las parrandas de los estudiantes que al son de la vihuela cantaban letrillas alegres y decidoras, los corrillos tumultuosos que se resistían á la ronda del Alcalde ó que seguían de lejos al Rector de la Universidad cuando iba de visita de posadas y casas de juego, y las echanzas provocativas empleadas con los rosarios nocturnos de las cofradías, se interrumpirian durante el armamento escolar capitaneado por el Rector del colegio de Fonseca. Ahora caminarían sin maliciosas interrupciones algunas luciérnagas gigantescas que se removían trabajosamente por las calles de la ciudad bajo la penumbra de una noche de invierno: eran otros tantos *lyones* del siglo XVII que iban de *tertulia* con su linterna de vidrio cóncavo en las manos. Tal vez hasta el próximo S. Lucas volvería al silencio y á la inaccion el proverbial y misterioso barrio de *Pilelos*, verdadero *barrio latino* de Santiago, el cual enviaba cada mañana á la Universidad por la puerta angosta de Mazarelos mas filósofos que un congreso de sábios alemanes, mas

canonistas que un concilio y mas juristas que una aldea de Galicia.

Los estudiantes de *menores* habian seguido á los de artes, y los de artes á los juristas y canonistas. Si el primer peloton se hubiese encaminado hácia el monte de la Almasiga ó el campo de Sta. Susana, arastraría de la misma manera á una línea interminable de tricornos y manteos. Existía una atraccion involuntaria entre los estudiantes, y aunque se ignoraba el lugar y objeto de la reunion, se sabia de cierto que no habia *cátedras*, y este hallazgo compensaba el movimiento desordenado de la comitiva estudiantil.

De pronto se marca un círculo en medio de la plaza: los mas próximos alejan las distancias, los que siguen se ensanchan y los últimos se presanan entre sí. En medio de este oleaje oscuro de manteos se destaca una figura escuálida y macilenta que puede representar á la vez el genio ó la holgazaneria. Es el Br. Cordido que levantando en alto su veteleta de paño deshecha por los bordes se declara jefe de la milicia universitaria. Un sepulcral silencio sigue á la aparicion del Br. Cordido sobre los bordes del antiguo pilon de la fuente. Las miradas de sus compañeros se fijan en su fisonomia con picaresca malicia. A las miradas siguen las risas. Aun no domina al auditorio.

Recorre entonces con sus ojos maliciosos los cuatro ángulos de la plaza, y en desagravio de la iniciativa poco respetuosa del concurso vuelve á colocar el tricornio sobre su cabeza, y cansado de estar como los naturalistas antiguos entre el agua y la tierra, baja al suelo pronunciando este final académico con voz esténtorea; *Diani*.

Desde Cicaron hasta Mirabeau el mejor apóstrofe de la elocuencia antigua y moderna no ha merecido una ovacion mas espontánea y solemne. Los tricornos al aire y las palmadas reciben en triunfo esta sonora palabra de gusto eminentemente escolástico: el Br. Cordido alcanza dominar la atencion irreverente de los estudiantes. Los círculos apiñados de la plaza del Campo vuelven á estender sus líneas, esparciendo los grupos sobrantes por las calles cercanas del Preguntorio y de la Azabachería.

El paseo de los estudiantes vuelve á recorrer las calles de Santiago, y á la mañana siguiente se dirigen al pátio de la Universidad para recibir las instrucciones de sus jefes militares.

En el claustro de catedráticos y doctores del 1.º de noviembre se ordena que cada uno de los estudiantes alistados reciba de alimentos dos reales diarios «por el tiempo preciso—son las palabras testuales del acta—que será un mes poco mas» y se nombra al P. Mtro. Fr. Gregorio de Otero, de la orden de Sto. Domingo y Catedrático de prima teología, confesor de la compañía escolar con el sueldo de un ducado diario. En el claustro anterior se habia acordado que se hiciesen para los estudiantes las cajas de tambores y una bandera con las armas del arzobispo Fonseca.

En el claustro de 7 de Noviembre de 1665 se resuelve por segunda vez el armamento de los estudiantes de Santiago. Auxiliados los portugueses por las tropas enviadas por Carlos II, que habia vuelto á ocupar el trono de Inglaterra, renuevan las hostilidades contra la frontera de Galicia y se reorganiza la milicia escolar compostelana con esta cláusula explicita y terminante: «que se le pase el curso al que constare haber ido á la compañía, y ninguno curse en otra parte con apercibimiento que no se le pasará y dello se despachen editos.»

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

SEBASTIAN DEL PRADO.

Fué uno de los mas famosos actores dramáticos del siglo XVII. Llamóse su padre Antonio del Prado, y su madre doña Isabel Ana, señora muy celebrada por su hermosura.

Casó Sebastian del Prado con Bernarda Ramirez, actriz extraordinariamente aplaudida en la parte de dama.

Tenia Sebastian del Prado figura elegante: sus talentos como actor y sus honrados procederes le conquistaron el aprecio general. Señoras y señores de la primera distincion se esmeraban en obsequiarle. Rival de Alonso de Olmedo en la parte de galán, se formaron en Madrid dos partidos, cada uno de los cuales llevaba el nombre de su actor predilecto.

Autor de compañía, pasó á Francia con la comitiva de la Infanta doña Maria Teresa, hija de Felipe IV, cuando esta señora fué á casarse con Luis XIV. Representó en París, con su compañía, comedias españolas, como se representaban por aquel tiempo, glorioso para nuestra lengua, en Flandes, Nápoles, Milan y Cerdeña.

Regresó á Madrid Sebastian del Prado con un nombre aplaudido y famoso en el extranjero, donde se le admiró y apreció aun mas que en España.

Rico, contento y universalmente estimado, sucumbió al dolor de haber perdido una esposa á quien idolatraba; y renunciando entera-



(Una casa notable de Candia.)

mente á la profesion brillante que bajo todos aspectos halagaba su amor propio con repetidos triunfos é inmarcesibles laureles, trocó las pompas del mundo por la austeridad del claustro, tomando un hábito en el año 1673. Se ordenó de Sacerdote, y pasando á Roma á asuntos de su religion, murió en Liorna en 1683.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO IX.

El perdon de Camoens.

El calabozo donde habian encerrado á Camoens era tan estrecho que apenas habia espacio para que el prisionero diera tres pasos en él. Mas anchuroso fué ciertamente el que dimos nosotros á Cervantes, y esta consideracion me obliga á rectificar las palabras que dije, en uno de los capitulos anteriores, acusando á los portugueses de ser tan ingratos como nosotros. Nosotros no somos tan ingratos, porque aunque encarcelamos á Cervantes, no lo hicimos en un recinto de tres pasos de longitud, si no de seis ú ocho por lo menos, donde su pensamiento podia espaciarse imaginando y escribiendo *novelillas*. Yo no recuerdo que á ningun ingenio ni á ningun héroe le hayamos dado jamás calabozo tan estrecho como los portugueses á Camoens. El de Fr. Luis de Leon era por cierto una bóveda de las mas hermosas que habia en las cárceles del Santo Tribunal, no obstante que carecia de luz y estaba llena de savandijas; pero en la que si no se podia escribir se podia pasear. Cristobal Colon se quejaba de la pesadez de los hierros que le pusimos, pero nunca de la estrechez de su prision; y por lo

que hace á Hernan Cortés, si le parecia su estancia reducida era porque estaba acostumbrado á los campos del Nuevo Mundo, donde jugaba con los indios á los imperios de Méjico.

Quede, pues, completamente probado que nosotros hemos tenido siempre para los grandes hombres calabozos mas grandes que los portugueses.

Ya dije que era mezquino el que por segunda vez á los veinte años ocupaba el *príncipe de los poetas*, y no acabamos de entender cómo serian los que se destinaban á los *poetas vasallos*; porque claro está que el *príncipe* habia de tener el mejor, ó no se llamaria *príncipe*.

A pesar de eso, Camoens le habia tomado cariño á aquella cueva húmeda donde pululaban las arañas, y donde no resonaba jamás otro ruido que el que hacian las ratas sobre el pavimento sembrado de papeles. Le habia tomado cariño porque habia vivido en él antes de ahora por espacio de cinco meses, merced á las intrigas de sus enemigos, y porque en él habia escrito la mayor parte de sus canciones. Pequeño como era aquel calabozo, contenia no obstante, ademas de las arañas y de las ratas, cuatro ó seis libros forrados en pergamino, un tintero y un jarro de agua. Sentábase Camoens en el suelo, para mayor honra de las musas, colocaba delante los cuatro ó seis libros, y continuaba aquella hermosa elejía que comienza

O sulmonense Ovidio desterrado...

á tiempo que se abrió la puerta de la cárcel y apareció una dama.

Levantóse Camoens mudo de sorpresa, y dió para recibir á la dama los tres pasos que únicamente podia dar.

—Señora, la dijo con galanteria, perdonad si recibo en este aposento á la mas bella de todas las poetisas; por la primera vez recuerdo con envidia los palacios donde pudiera ofreceros gabinetes en que las savandijas no me disputaran el honor de recibir vuestra visita.

—Camoens, respondió la Sigea, para las almas llenas de afliccion

no es el palacio más grato que la cárcel, y si en esta hay savandijas, en aquel hay alimañas.

—Pero vos, señora, no debeis ser la afligida, ni esas alimañas han de volverse contra vos. Sería harto injusto el destino.

—Poco importa mi buen o mal destino, Camoens: el deber me trae aquí para daros en el vuestro el alivio que habeis menester.

—Gracias, señora, vuestra visita es en efecto el mayor alivio...

—No es mi visita, Camoens, es vuestro perdón el alivio de que os hablo.

Camoens cruzó los brazos y se encogió de hombros.

—¡Mi perdón! Bueno es porque me le traeis, pero me es indiferente.

—¿No estimais la libertad?

—Cuando la poseo hago uso de ella; cuando la pierdo no pugno por recobrarla: necesítola ahora para dar unos cuantos revéses á unos cuantos villanos; pero como de seguro los he de dar, y los que he dado estos días me han quitado el tiempo de escribir, aprovechaba los momentos de mi prision para hacer versos.

—Mala ocasion es esta para mí, Camoens, de alabar vuestro valor, y por eso no seré lisongera; pero seré generosa y os perdonaré esos revéses.

—No os comprendo, señora.

—Ni os pese de ello. Básteos saber que estais en libertad.

—¡Oh! ¡no! necesito saber el sentido de vuestra queja.

—No daré esplicaciones.

—¿En qué he podido ofenderos? decid, decid, y con mi propia vida...

—Sería inútil. El mal está ya hecho. Heristeis á un caballero, os metieron en esta prision y vuestra dama os ha libertado...

—¿Mi dama!

—Catalina de Attaide.

—¿Ha sido ella!

—¿Pues quién podía ser?

—¡Ah!

—Recibid de su mano este presente, continuó la Sigea entregándole el perdón del rey, y partid para la India, donde el cielo os proteja.

—Gracias, señora, pero os juro que no partiré antes de saber la pena que os aflige y la culpa que he tenido en ella. Yo herí á un hombre que saltaba la verja de los jardines: pero en esto no he podido ofenderos, porque era un villano como todos los que me envía el conde. Yo, cuando este me sorprendió en el jardín, debí matarle; pero Catalina se había echado á sus pies, y aquel impio quedó convertido á mis ojos en un altar. Necesito que esté lejos de Catalina para darle á él mismo las cuchilladas que sus criados han recibido en comisión.

—¿Es ese el uso que pensais hacer de la libertad que os dá su sobrina?

—Teneis razon, señora; tomad y devolved á su sobrina este perdón.

—No, Camoens, haceos superior al odio que os domina, y partid adonde os llama la gloria.

—Decidme antes en qué os ofendi.

—Ya dije que os habia perdonado.

—Rechazo esa misericordia, porque no conozco mi crimen.

—Bien, adios.

—Eso no: voy á seguiros hasta que averigüe la razon de vuestra queja.

—Mañana parte la flota, y apenas teneis tiempo de hacer vuestros preparativos. No os descuideis.

—La flota partirá sin mí, porque si en ello me fuese la fortuna la abandonaria para ocuparme en el desagravio de una dama.

—Adios vuelvo á deciros.

—Y yo repito que os seguiré.

La Sigea salió del calabozo, y Camoens tomó precipitadamente su sombrero de ala ancha, apuntado con una pluma negra, y echó á andar tras ella, sin cuidarse de recoger los papeles esparcidos por el suelo.

Atravesó Luisa los estrechos callejones de la cárcel, y Camoens tambien. Al pasar por uno de ellos vieron á Juan Meurcio, y la Sigea le saludó; pero Camoens no le hizo caso: á pesar de esto el fraile se llegó á él y le dijo con una sonrisa péfida señalando á la Sigea.

—¿Sea enhorabuena!

—¿Qué os importa á vos? contestó Camoens sin mirarle.

—Nada absolutamente, replicó el familiar haciendo un gesto de humilde resignación.

—¡Ay de vos, añadió el imprudente poeta tirándole de la capucha, si osais interpretar las acciones de una dama honrada!

—¡Libreme-Dios! repuso con una mueca hipócrita Juan Meurcio.

—Es que vos sois enemigo de esa dama, y no es la vez primera que la habeis calumniado.

—Acusadme como gustéis, joven: mas hiel tragó Jesucristo.

—¡Profanacion es en vuestros lábios ese santo nombre! exclamó Camoens indignado.

—Hablad mas bajo, advirtió el fraile, porque si os oyen...

—¡No temo á nadie! gritó Camoens.

—Vamos, concluyó Juan Meurcio, sois un poeta y no hay que hacer caso. Seguid á la dama no tope con algun villano.

—Teneis razon, los hay en Lisboa hasta bajo la cogulla.

Dejó Camoens á Juan Meurcio y aceleró el paso; pero la Sigea habia desaparecido. ¡Vive Dios, iba diciendo entre sí el poeta, que he de tener que arrancarle la cogulla!... pero ¿y la poetisa, dónde se ha escapado? Y es preciso hallarla y la hallaré... No hay remedio... me dirijo á palacio, y suceda lo que quiera... Lo malo es que pudiera toparme con el conde, y como no traigo espada, desperdiciar la ocasion de provocarle...

Así pensando llegó á palacio, subió resueltamente la escalera principal, y se dirigió al departamento de las damas sin hacer caso de los guardias que le querian estorbar el paso.

Entretanto Juan Meurcio penetró hasta el calabozo donde habia estado Camoens, con el objeto de ver si, como el poeta acostumbraba á hacerlo en todas partes, habia dejado olvidados sus papeles.

Halló en efecto un paquete y algunos pliegos esparcidos por el suelo, algunos de los cuales habian sido ya medio devorados por las ratas.

Echó sobre ellos Juan Meurcio una ojeada y vió que la mayor parte eran canciones amorosas. En un papel lleno de roeduras se leia por intervalos:

..... ó acompanha
Nos
..... banha
..... figura
A vida
... bem que possuia.

Y en otro pedazo de papel tambien roído continuaba:

De aquí me voy
..... erguido
..... da rede o
Depois de farto ya

—¡Oh! exclamó el fraile. *Depois de farto ya!*

Estos versos eran de la elejia que habia empezado á escribir durante su prision, y cuyo trozo completo decia:

(1) Do sua doce musa ó acompanha
Nos soidosos versos que scrivia
E los lamentos con que campobanha
Dest'arte me figura a phantasia
A vida con que morro desterrado
Do bem que en outro tempo possuia.
De aqui me voy con paso sosegado
A un outerio erguido e alli m'assento
Soltando toda rede o á mi cuidado
Depois de farto ya de meu tormento.

—¡Depois de farto ya! repetia Juan Meurcio con envidia, bien ageno de creer que la *fartura* aquella fuese de tormento, y no poco gozoso de hallar esta ocasion para acusar al poeta interpretando sus escritos y la visita de Luisa Sigea.

Porque hay en todas las córtes hombres que viven de calumniar; calumniadores de oficio, como el verdugo, como el sepulturero que friamente matan á una criatura y la amortajan y la echan en la fosa.

Confieso que con harto disgusto me he decidido á hablar en mi novela de este personaje histórico el mas odioso de cuantos contienen las historias; pero es imposible tratar de Luisa Sigea sin que aparezca á su lado la funesta sombra que oscurece injustamente el clarísimo resplandor de su fama.

Los hombres que entienden el latin dicen que hay escrito en este dificilísimo idioma un libro infame que fué atribuido á Luisa Sigea; pero luego añaden que este libro habia sido escrito por un fraile llamado Juan Meurcio, con el intento de desacreditar á las poetisas. Busqué entonces en los manuscritos antiguos noticias de este fraile, y supe que habia vivido en Lisboa.

Registré los archivos portugueses, y hallé por fin los documentos que necesitaba para arrojar á la execracion de las escritoras el nombre de este impostor.

Mi alma, destemplada por la indignacion, pierde esta vez su natural indulgencia para vindicar el honor de una dama ilustre, maestra de príncipes, noble doncella, esposa respetada, y madre amorosa.

(1) Obras de Camoens, elegia tercera.



(Entrada de los penitentes en Angers.)

Ese abismo de perdición que han abierto algunos hombres egoístas y perversos para hundir las reputaciones de las damas que se adelantan á conquistar la gloria, es preciso cegarlos con la tierra de sus mismos cuerpos, y el de Juan Meurcio es el primero que rueda hasta la profundidad llevándose consigo la ignominia de sus libros apócrifos.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEON.

ALCAIDES DE LOS DONCELES.

(Conclusion.)

De su primera mujer, doña María Alonso de Argote, tuvo por hijo y sucesor á D. Diego Hernandez de Córdoba, cuarto alcaide de los donceles, que sirvió al mismo D. Juan II en todas las guerras de su tiempo. Hallóse en la tala de la Vega de Granada en 1431, y sucedióle en la casa

Martin Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, Espejo y Chillon, y quinto alcaide de los donceles, floreció en tiempo de Enrique IV. Casó con doña Leonor de Arellano, del tronco principal de la casa de los marqueses de Priego, y fué su primogénito y sucesor

Don Diego Fernandez de Córdoba, sexto alcaide de los donceles, se distinguia como esforzado guerrero en la época de los reyes Católicos. Este fué el que en compañía de D. Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, prendió en una batalla, en 21 de abril de 1483, á Mahomat Baudelin, rey de Granada, llamado el Chiquito, que venia á si-

tiar á Lucena, por cuya victoria orlaron ambos sus armas con las banderas que allí ganaron, y la imagen del rey moro preso con una cadena de oro, como se vé aun en los blasones de los señores de esas casas, en cuartel inferior á las tres fajas rojas en campo de oro de la casa de Córdoba.

Por este y otros muchos y señalados servicios concedieron los reyes Católicos á este caballero el título de marqués de Comares para si y su descendencia. Tuvo por hijo y sucesor á

Don Luis Fernandez de Córdoba, sétimo alcaide de los donceles, y segundo marqués de Comares, quien floreció en tiempo del emperador Carlos V, y se distinguió en las guerras de su tiempo. De su mujer, doña Juana Pacheco, hija del señor duque de Escalona, tuvo por heredero y sucesor á

Don Diego Fernandez de Córdoba, octavo alcaide de los donceles y tercer marqués de Comares, á quien llamaron el Africano porque nació en Oran, siendo su padre gobernador y capitán general de aquellas posesiones. Casó con doña Juana Folch de Cardona, duquesa de Cardona y Segorbe, por lo cual gozó D. Diego de estos títulos y de la condestablia de Aragon á ellos aneja, y tuvieron por hijo y sucesor á

Don Luis Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, quien murió aun viviendo sus padres, sucediéndoles en la casa su nieto don Enrique Fernandez de Córdoba, Folch de Cardona y Aragon, duque de Cardona y Segorbe, noveno alcaide de los donceles y cuarto marqués de Comares. Murió en 1640, sirviendo á los reyes D. Felipe III y IV. De su mujer, doña Catalina Fernandez de Córdoba y Figueroa, hija del marqués de Priego, tuvo por hijo á

Don Luis Ramon Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, décimo alcaide de los donceles, quinto marqués de Comares, y duque de Segorbe y Cardona. A falta de varon, sucedió en todos estos estados y dignidades

Doña Catalina Antonia de Aragon Fernandez de Córdoba, casada

con D. Juan Francisco, Tomás, Lorenzo de la Cerda, octavo duque de Medinaceli, de cuya union, entre otros hijos, lo fué D. Luis de la Cerda Aragon, Folch de Cardona, Fernandez de Córdoba, noveno duque de Medinaceli, Cardona, Segorbe, etc., décimo alcaide de los donceles, y sexto marqués de Comares, desde cuyo tiempo hasta el presente ha quedado radicada esta dignidad, como inherente al marquesado de Comares, en la casa de Medinaceli, que la cita entre sus honoríficos títulos y prerogativas, debiéndose considerar esta como una de las principales que posee, y un glorioso timbre de la casa y apellido de Córdoba, tan ilustre en los fastos de Castilla.

COSTUMBRES NOTABLES.

Sería curiosísimo un libro que tratase acerca de los usos y costumbres adoptadas por las naciones: referiremos algunas de las mas singulares y caprichosas.

Las mujeres romanas se ocupaban particularmente en hilar. Caya Cecilia, mujer de Tarquino el Anciano, pasaba por la mas hábil hilandera de su tiempo. Con este motivo se estableció una costumbre que prueba bien la influencia del ejemplo. Una recién casada, al poner el pié sobre el umbral de la puerta de la casa de su marido, respondía á aquel que le preguntaba su nombre: Me llamo *Caya*, esto es, *buen hilandera*.

En los siglos remotos, despues de la muerte de los reyes de Egipto, los pueblos que habian sido sus vasallos, hacian el examen mas severo sobre su conducta. No se les concedia la sepultura sino setenta dias despues de su fallecimiento; y se les privaba de ella, cuando un solo vasallo contradecía, aun en un solo hecho, el elogio pronunciado por el gran sacerdote. Los particulares estaban sometidos despues de su muerte al mismo examen de parte de sus parientes, de sus amigos y de sus vecinos.

En los primeros siglos de la iglesia la volatería era tenida por alimento de pescado: esta opinion estaba fundada en el texto del Génesis que dice que el Señor crió los peces y las aves el dia quinto, y en el cuarto los animales cuadrúpedos. San Benito en su regla solo prohibe á sus monges la carne de los cuadrúpedos. Y San Colombiano permite en la suya á sus frailes la carne de las aves á falta del pescado. Los monges griegos la comieron hasta el siglo X. ¡Y la famosa bula de la Cruzada permite comer aves en España en muchos dias de la cuaresma!

Era costumbre en otros tiempos, arrojar desde las bóvedas de los templos el dia de pascua de Pentecostés sobre los asistentes á las sagradas ceremonias, estopas inflamadas que representaban las lenguas de fuego que cayeron sobre los apóstoles cuando Jesus les envió el Espíritu-Santo. Inmediatamente despues que se entona el *Veni Sancti Spiritus* soltaban porcion de palomas que revolteaban sobre las cabezas de los fieles, las cuales representaban al Espíritu-Santo.

Habia entre los galos una ley que prohibía á todos los jóvenes cortarse las barbas y los cabellos, hasta tanto que se hubiesen distinguido en alguna batalla, matando á algun enemigo: entonces podian hacerlo, habiendo pagado á la patria el derecho de su nacimiento.

En la isla de Rodas, en la América Septentrional, cuando se casó la viuda de un hombre que ha dejado muchas deudas, es menester que ceda á sus acreedores cuanto posee, quedándose solamente con la camisa que tiene puesta, debiendo verificar su matrimonio sin llevar mas que este ligerísimo traje: si no lo hace de este modo, los acreedores estan autorizados á despojarla sin mesericordia alguna de cuanto tiene, antes que pase á segundo matrimonio, no quedándoles derecho alguno contra el segundo marido. Queriendo pasar á segundo matrimonio la mujer de uno que habia dejado muchas deudas, salió en camisa de su casa, y encontrando antes de llegar á su futuro esposo, que la traía varias ropas, la dijo á presencia de los que la acompañaban, que aquellos vestidos eran un préstamo que la hacia; de este modo evitó que sus acreedores despojasen enteramente á la novia.

En la isla Formosa se hacen las bodas sin ceremonia alguna: pero con una buena fé que nada tiene de bárbaro. Cuando un joven está enamorado, pasea frecuentemente por delante de la casa de su querida, y la obsequia entonando algunas canciones: si agradan á la doncella, sale esta, le toma de la mano, y declara que le elije por su esposo; sin necesidad de dote, ni del consentimiento de sus parientes. El nuevo marido viene inmediatamente á establecerse en casa de ella, trayéndose todos sus bienes, y es despues el apoyo de su suegro. Asi las hijas no son gravosas á sus padres en estos climas; por lo que mas desean tener hembras que varones.

MONTEROS DE ESPINOSA.

Oficio honorífico de la casa de nuestros reyes; tuvo principio este honroso empleo en tiempo de D. Sancho Fernandez, conde de Castilla, quien por la lealtad grande que tuvo un escudero suyo, avisándole de una traicion que se trataba contra su vida, lo heredó en *Espinosa de los Monteros*, dándole el privilegio de hacer la guardia de noche y de dia á la persona de los condes, en el cual sucedieron todos sus descendientes; y como en aquellos tiempos hiciesen con el oficio de guardas el de *monteros*, ó buscar y perseguir la caza en el monte, etc., fueron llamados *monteros de Espinosa*.

Para obtener ese empleo necesitan probar ser naturales de aquella villa de Castilla la Vieja, y descendientes de aquel escudero, etc.

El jefe de los *monteros de Espinosa* se llama *montero mayor*, y es uno de los oficios y cargos mas preeminentes de la casa real.

Antiguamente los *monteros* hacian la guardia de las personas reales en cualquier parte que se hallasen de noche y de dia; pero desde el reinado de Felipe I no ejercen su empleo sino de noche, durmiendo en una pieza inmediata á la cámara del rey, á quien asisten al tiempo que se desnuda, y cierran la puerta del dormitorio y guardan la llave, velando cuatro de ellos toda la noche por turno hasta el dia, que abren las puertas.

En el cuarto de la reina asisten en una antecámara, recibiendo de la azafata, que cierra la puerta, las llaves, y hacen vela toda la noche en la misma conformidad.

Guardan tambien los cadáveres reales desde que se ponen de cuerpo presente en la cama de parada hasta que se hace entrega de ellos para enterrarlos.

DE UNA COMEDIA INEDITA. (1)

SIGLO XVII.

(Soto de Manzanares; noche oscura.)

INES.—PEROL.

PEROL. ¡Inés!..
INES. Perol.
PEROL. ¡Voto á tal!
¿Pues cómo te encuentro así?
¿Andas, Inés, por aquí....
pues, ya entiendes....
INES. ¡Animal!
PEROL. Muchas gracias.
INES. ¿Pues qué piensa don Lacayo?
PEROL. ¡Qué! soy page,
y no sufro tal ultraje....
INES. Ni yo sufro tal ofensa.
PEROL. ¡Llamar lacayo á Perol!
Lacayo... Tamaña afrenta
se hace al page de mas cuenta
bajo la capa del sol!
INES. ¿Cómo un page tan galán,
descortés, á una doncella...
PEROL. Eso Dios lo sabe... y ella,
como dice aquel refrán.
INES. ¡Que tan descortés te vea!
PEROL. Calle en fin la doncellona...
ó la llamaré fregona,
y por mas ultraje, fea...
Pero vaya, no te enfades;
sabes que te quiero, Inés...
INES. Pero siempre que me ves...
PEROL. Te digo cuatro verdades.
INES. Por hablar á troche y moche,
nunca miras lo que dices.
PEROL. Bien, perdona mis deslices.
INES. Me has ofendido esta noche,
PEROL. Sola en el soto te encuentro;
y—en fin, no valga mi voto—

(1) Esta bellísima escena pertenece á una comedia inédita de espa y espada, que con el título de *La Escarcela y el puñal* tiene escrita el distinguido autor de *Don Francisco de Quevedo*.

pero, á tal hora en el soto,
no estás, Inés, en tu centro.
Que es un reló la mujer
donde puso el relojero
un camino al minuterio
por el cual debe correr.
Y, si por cualquier pretesto,
del tal camino se sale,
ya la mujer nada vale...
como el reló descompuesto.
Y no es que lo invente yo;
porque, como tú nê ignoras,
la mujer tiene sus horas
como las tiene el reló.
Se adelanta... malo es;
se atrasa... mucho peor!
Y tú esta noche... en rigor...
¿Qué?

INES. ¿Qué?
PEROL. Te has atrasado, Inés.
INES. Ya estás insufrible; adiós.
PEROL. Pero ven acá...
INES. Despacha.
PEROL. ¿Has olvidado, muchacha,
que nos quisimos los dos?
INES. Era otro tiempo.
PEROL. Es verdad.
Hoy me tratas con desden
porque buscas... ¿Dime á quién?
Esto no es curiosidad.
Buscas á un galán, ¿no es cierto?
INES. Sí, ¿un galán? ¡Pobre de mí!
PEROL. Luego estás *per istam*...
INES. Sí.
PEROL. ¿No hallaste siquiera un tuerto?
INES. Nada, ni tuerto ni cojo;
¡buenos los tiempos están!
PEROL. Así dice el sacristán
cuando nadie cierra el ojo.
INES. ¡Si esto es una perdición!
¡Ay, Perol!

PEROL. ¿Con que no hay mus?
INES. Si andan los novios ¡Jesús!
como si fueran salmon.
PEROL. A Perol tienes aquí...
Pero no, no... me arrepiento...
INES. ¡Vaya un arrepentimiento!
PEROL. Ya, como te encuentro así...
INES. Es verdad.
PEROL. Sola.
INES. Es mentira.
Si tendré yo cataratas...
PEROL. ¿Quién contigo?
INES. Papanatas,
mi señora doña Elvira.
PEROL. ¡Ya!
INES. Como es huérfana y sola...
PEROL. Nadie la tira las riendas.
INES. Es dama de nobles prendas,
pero tiene amores.
PEROL. ¡Hola!
INES. Y de veras.
PEROL. ¡Pobrecita!
INES. Y hoy viene con tanto afán
porque ha citado al galán,
y es aquí mismo la cita.
Como no luce una estrella...
con los mantos...

PEROL. Ya, ya entiendo...
Y tú, Inés, vienes haciendo
el papel...
INES. De su doncella.
PEROL. Es verdad; ya doy en ello;
también ama mi señor,
y yo, en sus citas de amor,
hago... pues... de su doncello.
Tú con ella y yo con él
los dos en el soto estamos,
y los dos ejecutamos
el mismísimo papel.
INES. Yo debo esperarla allá.

PEROL. Yo debo aguardarle allí.
INES. ¿Y cómo llegaste aquí?
PEROL. Para buscarte, Inés.
INES. ¡Pues ya!
PEROL. No bien pisé este confin,
con tierna palpitación
me hizo, Inés, el corazón
tin pirintín, pirintín.
INES. ¿No se salió de su centro?
PEROL. Al ver tu cara de sol...
INES. De todos modos, Perol,
ha sido feliz encuentro.
Mas no me puedo apartar
de donde ella me dejó.
PEROL. Mas puedo acercarme yo
contigo al propio lugar.
INES. Por mi parte...
PEROL. Vamos, pues.
INES. Si te empeñas, vaya en gracia.
PEROL. (Pues que Rosa anda rebacia,
voimé á hablar con Inés.)
Rosa, vamos.
INES. ¿Cómo Rosa?
PEROL. (¡Ay que bruto!)—Es una flor...
Rosa te llama mi amor,
viéndote, Inés, tan hermosa.
Como eres cual rosa bella...
INES. Ese nombre...
PEROL. Es un requiebro
que discurre mi cerebro
para compararte á ella.
INES. ¿Tienes musa?
PEROL. Vaya, Vaya,
Si en una copla me enredo,
lo hago mejor que Quevedo,
como me inspire... una saya!..
con esta alma de salitre
tan soluble en el amor,
¡ay Inés!... á lo mejor
me enamoro... como un buitre.
Por ser tan tierno y galán
cuánto padezco, mujert...
INES. ¿Y quién te hace padecer?
PEROL. Todas las hijas de Adán.

E. FLORENTINO SANZ.

ANTIGUA CARTAGO.

Sir Grenville Temple ha invertido seis meses en las escavaciones de Cartago, ciudad cuyo nombre despierta tan inefables recuerdos de gloria. Los trabajos de Sir Grenville han hallado recompensa en los descubrimientos que ha hecho: entre su número citaremos las siguientes. En las ruinas del templo Ganaht ó *Juno celestis*, la gran deidad protectora de aquel pueblo, ha encontrado cerca de 700 monedas, diferentes objetos de vidrio y utensilios de barro. Pero el mas notable y quizá el mas inesperado de sus descubrimientos es el de una quinta situada á orillas del mar, y sepultada bajo 15 pies de tierra. Ocho aposentos reducidos enteramente á escombros prueban por su forma y adornos que aquella casa de recreo pertenecía á algun personaje ilustre. Las paredes están llenas de pinturas, y el vestíbulo empedrado de soberbio mosaico por el mismo estilo que los de Pompeya y Herculano, y representan variedad de objetos, tales como deidades marinas de ambos sexos, peces de distintas clases, plantas, una barquilla llena de mujeres bailando en el puerto, y alrededor guerreros que las contemplan: leones, caballos, leopardos, tigres, cebras, osos, gacelas, garzas, y ademas pájaros de todas clases. En los diversos aposentos se han hallado dos esqueletos humanos. Parecen los restos de guerreros muertos en un asalto. Sir Grenville ha descubierto asimismo en otra casa mosaicos de los mas interesantes, representando gladiadores combatiendo en la arena con fieras; bajo cada uno de ellos está escrito su nombre. En otra parte se ven representadas las carreras de caballos, y hombres que doman potros. Esperamos que Sir Grenville publicará un detalle completo de sus importantes descubrimientos.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.